

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO I

MADRID 11 DE DICIEMBRE DE 1892.

NÚM. 21.



CUMPLIDOS

—Muy bien, apreciable amigo;
Su cuadro es una hermosura;
Maneja usted la pintura
Con arte.

—Lo mismo digo.

PACOTILLA

En el brevísimo tiempo que ha sido alcalde el marqués de Cubas, únicamente se ha hablado en España de él. ¡Qué hombre tan extraordinario! ¡Qué carácter! ¡Qué honradez! ¡Qué energía! ¡Qué firmeza! ¡Qué desprendimiento y qué...! En fin, que los provincianos hemos llegado á creer que ese hombre sólo ha existido en la imaginación de los madrileños guasones del barrio de Lavapiés, secundados por la prensa local, en broma también. Una de dos; ó no es cierto que ha existido, ó, si lo es, resulta indudablemente que Dios se hizo hombre otra vez, porque según la experiencia nos ha demostrado bien, no hay en el género humano quien alcalde sepa ser. El hecho es que Cubas—sea de origen divino, ú que pertenezca á los mortales como Bosch y Peñalver—es el ídolo del pueblo, motivo por el cual me conviene manifestar que ese popular marqués será alcalde de Madrid cuando yo suba al poder!

* *

Ha sido robada la iglesia parroquial del pueblo de Purroy.

Los ladrones se llevaron, además de varios objetos destinados al culto, dos pares de ojos, dedicados á Santa Lucía.

El periódico de donde tomo la noticia, dice que los ladrones no han sido habidos. Ni lo serán.

Para eso se llevaron los dos pares de ojos: para andar con mucha vista.

* *

El ministro de Hacienda, no el hispano, el Castañeda ruso, ha creado un impuesto sobre el piano, del que probablemente harán abuso las señoritas rusas aficionadas á las semi-fusas, como abusan también de ese instrumento las españolas, dándonos tormento.

Yo me acuesto á las seis de la mañana, y dormir no me deja una implacable vecina mía, que en tocar se afana las teclas con furor insoportable. ¡Ay, Dios! ¡Por qué no imita Castañeda al ministro moscovita?

* *

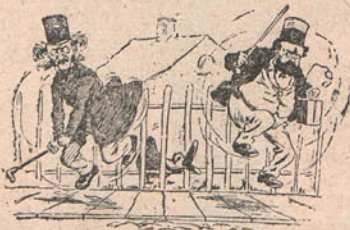
Un individuo compró en Ciudad Real un hermoso conejo. ¡No iba el hombre poco satisfecho de haber realizado una buena compra! Pero, ¡oh, terrible desengaño!

UN INSULTO



—Tengo ganas de dar un palo á este hombre.

—El día que este hombre me diga algo, lo parto.



El pato. — ¡Guá, guá!

—¿.....?

—¿.....?



—¡.....!

—¡.....!

Al llegar á casa y proceder al descuartizamiento del animal, se encontró con que estaban rellenos de trapo los lomos y las ancas.

No es el caso primero ni el segundo que les ocurre á jóvenes y á viejos. ¡Siempre, desde que hay mundo, han dado muchos chascos los conejos!

* *

Ha sido descubierto en un pueblo de Guipúzcoa, un mozo de mulas que posee una voz de tenor de primer orden.

Pero aunque llegue á ser una notabilidad, no popularizará su apellido.

Porque se llama Iturberriorrigoiocoertacochea.

¡Si de apellido no cambia, habrá necesariamente que hacer, las noches que cante, apaisados los carteles!

* *

Dos señoritas se acometieron el otro día en Jerez, resultando ambas heridas y contusas.

El motivo de la reyerta fué que las dos amaban á un hermoso señorito de aquella población.

Y claro, se lo disputaron á bofetada limpia.

Hay caídas de ojos que hacen muchos estragos en los corazones femeninos.

* *

A Gedeón, concejal, no sé quién desafió, y en el acto se acordó aquel lance personal. Ya los dos en el terreno, Gedeón, que acudió exacto, dijo que no estaba bueno y que se aplazara el acto. Se aplazó para el siguiente día, y al ir sus testigos á buscarle puntualmente, les dijo así á sus amigos: —¡No voy, pero duelo habrá! —¿Que no vas?

—No es necesario.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque ya es un duelo subsidiario!

José Estraña.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICA

HABÍAMOS pensado publicar un número extraordinario, referente á la Exposición histórica, pero hemos desistido de nuestro propósito á ruego de muchos suscritores, que han venido á decirnos con acento suplicante:

—¡Por piedad! no publiquen ustedes nada que se relacione con la Exposición. Estamos ya aburridos de oír hablar de cacharros.

No todos tienen esta sinceridad y acuden al palacio de la Biblioteca, para fingir que se extasían ante una casulla del siglo XII ó ante un barreño gótico.

El que ha visitado la Exposición y tiene conocimientos históricos (cosa que nos sucede á muchos miles de españoles), sale de allí con la cabeza lo mismo que una olla de grillos; pero hay pocos que confiesen esto, y por el contrario, se colocan delante de una cortina cualquiera, abren mucho los ojos, arquean las cejas, contraen el labio inferior, y exclaman:

—¡Qué hermoso es esto!

—¡Qué cosa?—se les pregunta; y ellos replican:

—Estoy contemplando este braguero de la Edad Media.

—¡Pero si no es braguero!

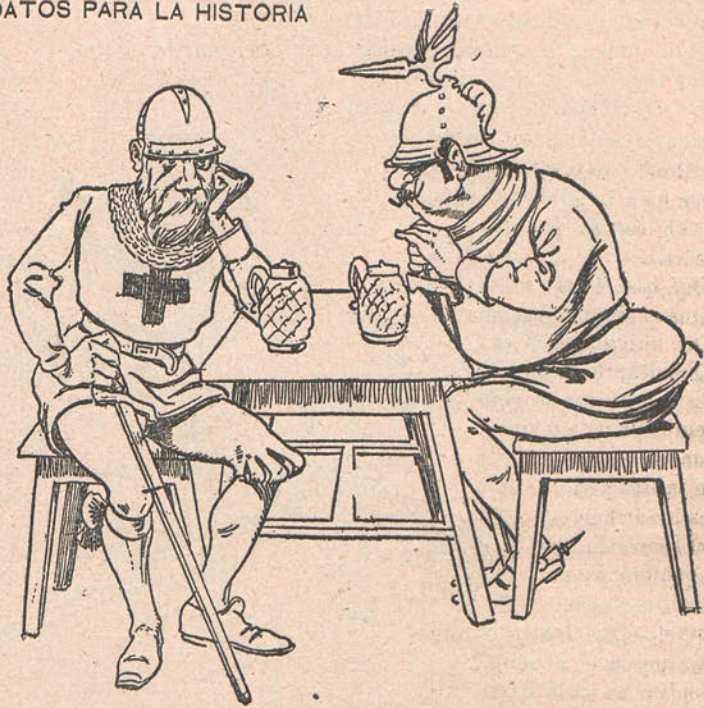
—¿Qué es entonces?

—Una babucha que perteneció al último rey de Granada.

Las momias del Perú, que se exhiben en un escaparate á guisa de embutidos, despiertan un grandísimo interés entre las personas sensibiles.

—¡Pobrecita!—murmuraba una señora clavando sus ojos en uno de aquellos difuntos de pergamino.

DATOS PARA LA HISTORIA



1.—Dos aguerridos soldados de D. Jaime I, se sientan á descansar y á beber dos *boks* de cerveza, que ya por entonces parece que nos importaban los alemanes.



2.—Más que beber lo que deseaban era dormir un rato, que las luchas empeñadas por el Conquistador apenas daban tiempo al reposo.

—¿La conocía usted?—le preguntamos.

—No, señor: no he tenido ese gusto, pero es el *vivo* retrato de una amiga que tuve yo en Villafranca del Bierzo. A la infeliz la sorprendió la muerte cuando estaba en cucullas fre-gando unos candeleros.

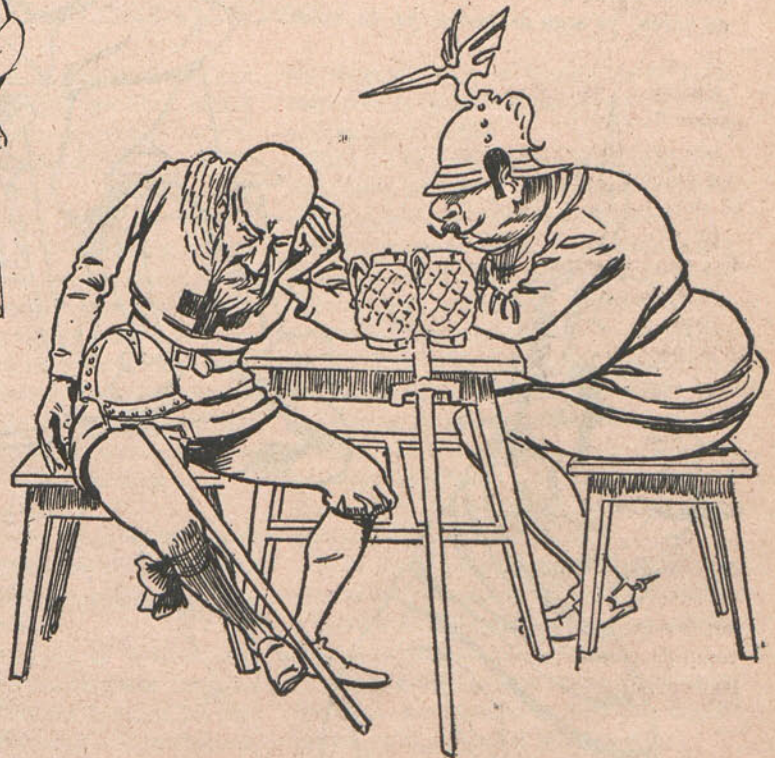
Hay momias que tienen gran parecido con algunos sujetos que andan por ahí. Una, sobre todo, se asemeja muchísimo á un portero del Tribunal de Cuentas, que recibe al público, poco menos que á mojicones. Ayer entró en la Expo-

sición un escribiente de dicho Tribunal, y en cuanto vió á la momia, se puso pálido:

—Sí—dijo él.—Este es Rodríguez, el portero. Pero, ¿cuando ha fallecido este hombre?

—¿Qué?—preguntó un individuo de la comisión.—¿Tiene usted la seguridad de que este sujeto se llamaba Rodríguez? ¡Oh, qué descubrimiento tan precioso! Pase usted, pase usted á la oficina para que nos facilite usted datos á fin de incluirlos en la Memoria.

Algunas momias, por lo arrugadas, parecen senadores vitalicios en paños menores.



3.—En efecto; el sueño no se hizo esperar, y con el sueño los consiguientes cabeceos.

—Mamá—preguntaba una joven á la autora de sus días.—
Las momias, ¿son hembras ó varones?

—Ni lo uno ni lo otro—contestaba la mamá—porque ninguna tiene sexo.

Cerca del escaparate donde reposan aquellos cadáveres que parecen curados al humo, hay varios cráneos con los ojos hundidos, á semejanza de los de Concha Castañeda.

—¡Ay qué feos!—decía un niño.—¿Son de barro?

—No, hijo mío; son calaveras naturales—contestaba el papá, que es académico de la Historia.—Quizás entre ellas figure la de alguno de nuestros abuelos; porque nuestro tercer apellido es peruano: *Gu tcaca*.

—¡Uy!—¿Qué feo era entonces el abuelito!

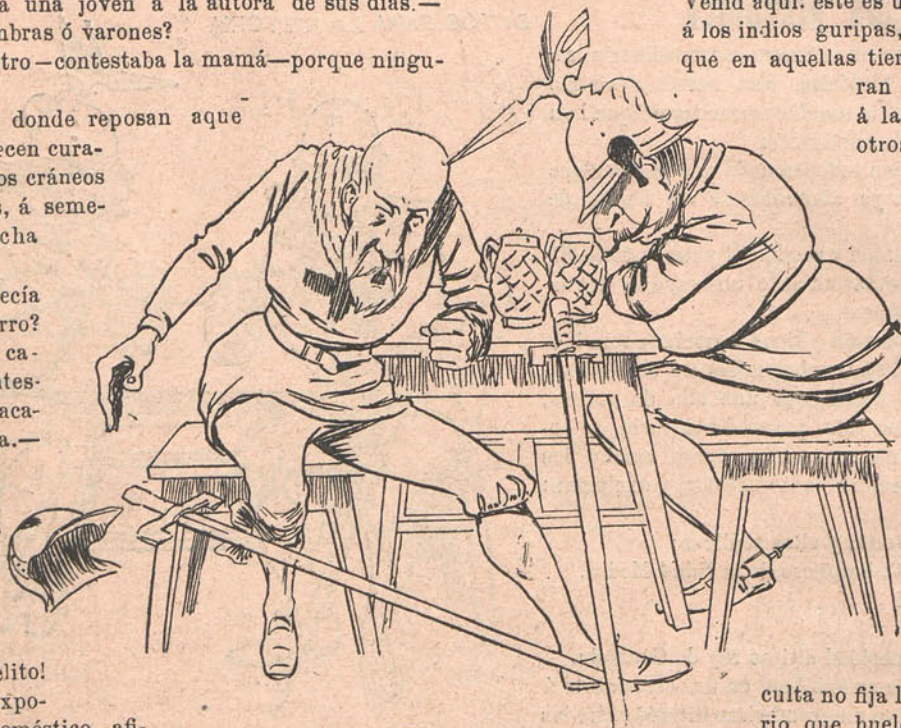
Nunca falta en la Exposición algún sabio doméstico, aficionado á exhibir sus dotes y á excitar la admiración del público indocto.

Yo he visto á uno de estos sujetos que caminaba con paso majestuoso al frente de su familia; de cuando en cuando se ponía los anteojos, llamaba á su esposa é hijos con un gesto de superioridad, digno de una oda, y señalándoles un cacharro cualquiera, decía solemnemente:

—¿Véis ese vaso precolombino?

—Sí, papá.

—Pues en ese vaso bebían los aztecas previos al descubrimiento del nuevo mundo. Uno igual existe en el Museo británico, y otro lo posee un sombrerero de Guadalajara, hombre culto, que se dedica á la colección de vasos, ya sean de noche, ya de mesa.



4.—Y cádate que en uno de estos el pincho del casco de uno de los guerreros fué á clavarse en el cráneo del otro.

Venid aquí: este es un almirez perteneciente á los indios guripas, adoradores del sol; porque en aquellas tierras salvajes, unos adoraban al astro luminoso; otros á la luna; otros al tiburón; otros al besugo, en el cual ven la representación de la poesía lírica.

Da gusto seguir paso á paso á uno de estos hombres cultos que acuden á la Exposición en clase de eruditos, y van sembrando por aquellas salas la cultura de que tanto habemos menester.

—Para venir aquí—decía uno de estos—es preciso haber estudiado mucho. La gente inculta no fija la atención en este armario que huele á Felipe II desde una legua. ¡Qué hermoso ejemplar! Gótico florido.

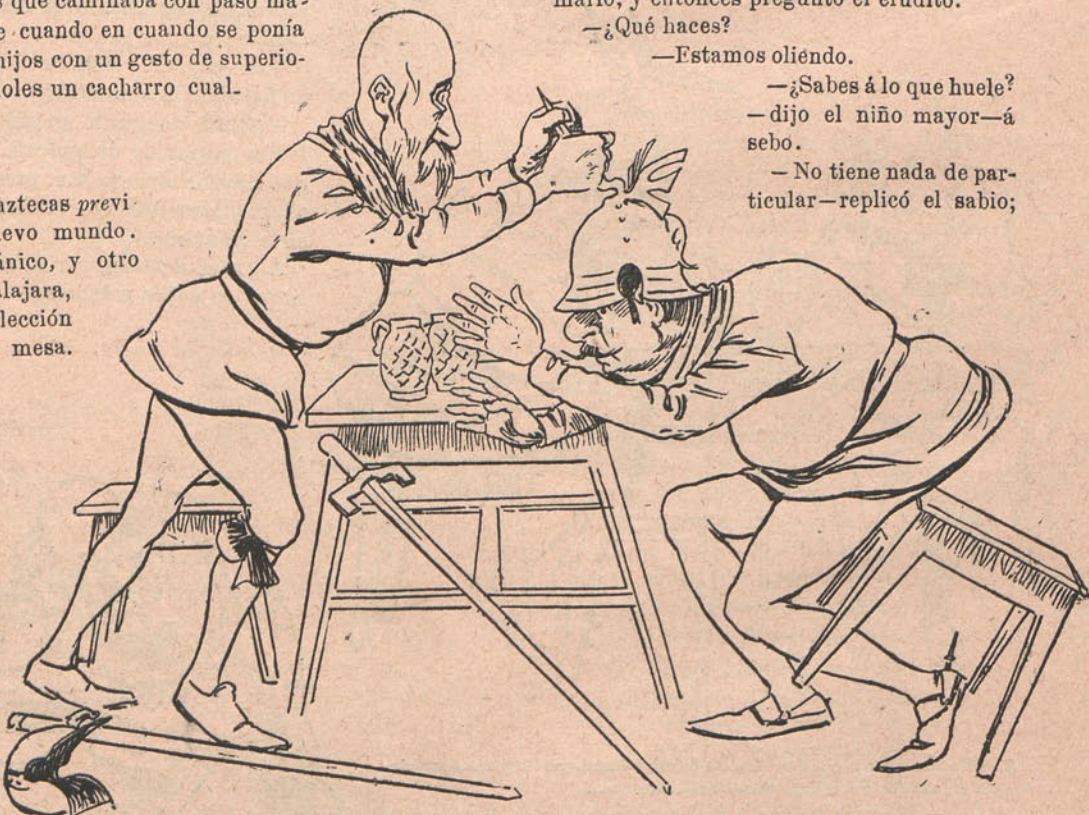
La familia toda se puso á oler el armario, y entonces preguntó el erudito: —¿Qué haces?

—Estamos oliendo.

—¿Sabes á lo que huele?

—dijo el niño mayor—á sebo.

—No tiene nada de particular—replicó el sabio;



5.—Quien irritado arremetió contra él, variándole la posición acostumbrada.

—en aquella época los soberanos guardaban las velas en muebles suntuosos.

—¿Y para qué querían el sebo?

—Para untarse las narices cuando tenían catarro.

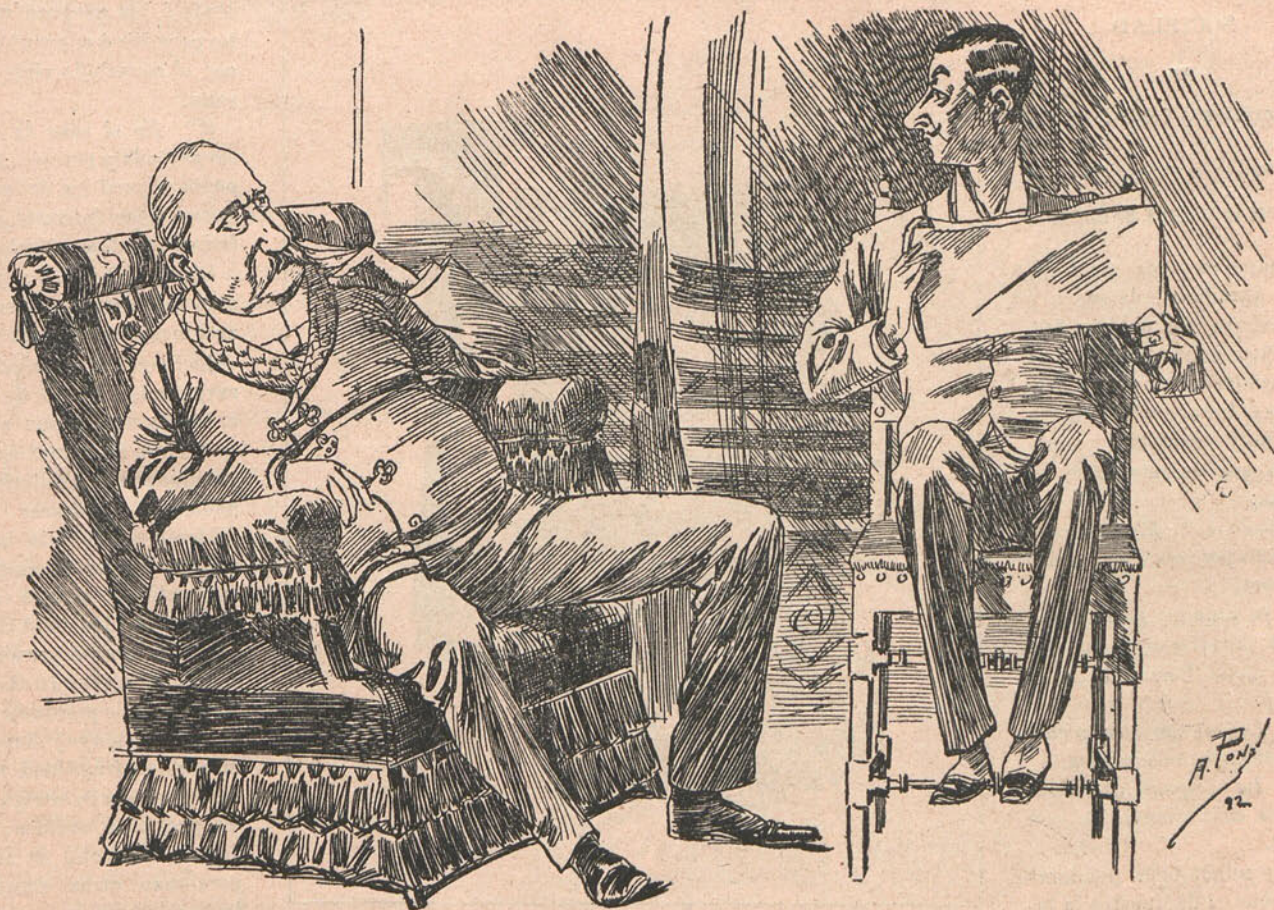
La Exposición es cosa buena; nadie podrá negar que contiene objetos preciosísimos para el hombre de estudio; pero la mayoría de los que van á visitarla pierden la cabeza, y salen de allí diciendo:

—¡Precioso, precioso! pero yo no vuelvo.

Luis Taboada.



A.P.
ONS
92



LAS ÚLTIMAS LECCIONES

—Dime, p pá; ¿puedes darme un ejemplo de lo que es una deuda flotante?
 — ¿Una d uda flotante?... Mi yate.

Seguros matrimoniales.

ACABO de leer un libro muy serio, que me ha divertido mucho.

Titúlase *La libertad para la mujer*, y en él propone el autor una especie de matrimonios á plazo fijo, y con reenganche, á manera de pactos conmutativo-bilaterales de unión conyugal por dos ó más años...

Si una vez espirado el plazo, les ha ido bien á los esposos durante el período de prueba, reanudan el pacto; si no... cada uno se va por su lado, y si te he visto no me acuerdo.

Poco más ó menos como en Jauja:

Cada cual busca pareja,
y cuando quiere, la deja.

El Sr. Michelena, autor del libro en cuestión, resuelve de una plumada el arduo problema de la prole, dando á esta el apellido de mamá, y obligando á papá á que pague los vidrios rotos, segregando de su sueldo ó rentas una cantidad que destina á la manutención, educación y... perpetuación de los hijos.

Considera *viuda* á la mujer desde que ha roto el pacto, y queda tan libre, feliz é independiente, como cualquiera de las viudas auténticas é indiscutibles que en el mundo han sido ó son.

Todo esto me parece á mí muy bien; y hasta opino, con el autor del libro, que su proyecto tiende á extirpar de raíz el adulterio... ¡Lástima es que no se haya intentado siquiera un ensayito, por vía de prueba, para ver qué tal marcharían las cosas!

Lo que sí se ha intentado, según parece, es ofrecer garantías á los maridos hasta cierto punto... Entendámonos: garantías, hasta cierto punto, á los maridos.

Pero, vamos por partes.

La fundación de la primera *Agencia de matrimonios* produjo en España alguna sensación en el gremio de doncellas y doncellos *in artículo cœlibis*.

Como el tiempo es oro, se le ahorran al candidato á marido los enojosos trámites del galanteo, las cartitas de amor, los conciliábulos y complicidades con la fregona,

los disgustos con la familia de la *parte contrario*, la lucha con los rivales, y otras cositas por el estilo.

Este fué el primer paso; pero había que completar la idea, y los ingleses inventaron la *Agencia de seguros matrimoniales*.

Hay que convencerse... *Atravesamos* una época de positivismo, en que la fidelidad debe medirse por metros, como el percal, y la virtud organizarse bajo los auspicios de un directorio compuesto de hombres honrados, á cala, como los melones.

Ya se celebran certámenes de virtuosos, con primeros premios, *accesit* y demás; hay seguros sobre la vida, abono á pompas fúnebres, y sociedad de salvamento de náufragos... matrimoniales.

Si en Madrid funcionara una *Sociedad de seguros matrimoniales*, no se atreve Sellés á escribir *El nudo gordiano*, porque hubiera resultado inverosímil.

Yo no sé si la *agencia inglesa* usará membrete en sus circulares; pero haría gran propaganda por acá si pusiera este:

SOCIEDAD

DE

SEGUROS MATRIMONIALES

(Aquí un ojo muy abierto.)

FIATE DE LA VIRGEN Y NO CORRAS

Tiempo es ya de dar á conocer algunas de la bases y condiciones de aseguración de dicha agencia, y véase si los maridos escamones no están de enhorabuena, y deben contribuir por todos los medios á que se establezca en España:

Artículo 1.º *El asegurado se empeña por veinte años, como minimum.*

No es mucho; marido hay que se empeña desde el día de la boda hasta el de la muerte.

2.º *Los años primero y último se pagarán adelantados.*

3.º *La Compañía no garantiza las contingencias de una guerra.*

Esta nunca bien ponderada previsión demuestra la legalidad de los fundadores. Caso de fuerza mayor. Si la Agencia prospera, como es de desear, organizará la defensa en grande escala, no haga el diablo que tenga que disculparse diciendo a los maridos aquello de

vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos...

4.º

5.º *Los señores que deseen asegurarse, se someterán al veredicto imparcial de un jurado, el cual declarará al pretendiente comprendido en uno de estos cuatro grados: guapo, feo, muy feo y horroroso; y se conformará, pagando la cuota correspondiente al grado á que pertenezca.*



Usted por la maestría
es reina de los pianos.
¡Qué bien mueve usted las manos,
doña Inés del alma mía!

6.º *Igual proporción se establece con respecto á la diferencia de edad entre el asegurado y su cónyuge.*

7.º *La aseguración no se hace sino por la ciudad y su distrito. No pudiendo la Compañía extender á todas partes su vigilancia y protección, no responde de los percances y eventualidades que sucedan en provincias ó en el extranjero.*

Esta cláusula servirá de excelente pre-

texto á los asegurados para no permitir á sus mujeres hacer el consabido viaje de verano.

8.º *En el caso de desgracia probada y patente, la Compañía pagará los daños y perjuicios y los intereses que anticipadamente se estipulen.*

Siempre he dicho yo que esto del sistema de indemnizaciones era una gran cosa.

La Sociedad, cuya póliza de aseguración acabo de transcribir, ofrece á sus clientes toda clase de garantías y seguridades en un folletito, que nada deja que desear.

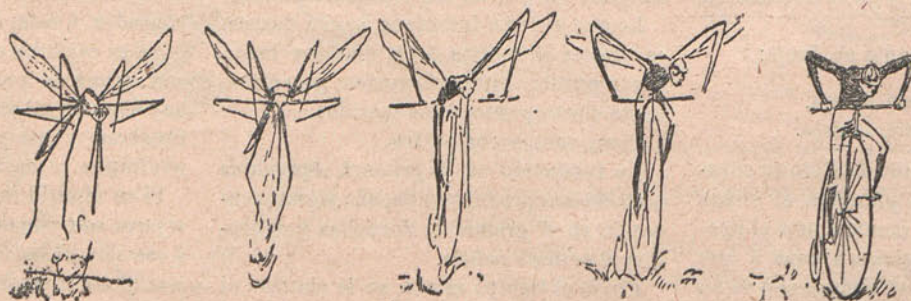
Desde el día de la inscripción, la esposa del asegurado está cuidadosamente espiada por los agentes de la Compañía. Apenas se presenta en campaña un seductor, la Agencia no le pierde de vista; si ella (la mujer) demuestra indicios de fragilidad, se procura deshacer la intriga usando pequeños ardides; si el amante persiste, se le proporcionan otras conquistas fáciles; si esto no sirve, se le busca un destino brillante en Ultramar; si no basta, la Compañía dispone de agentes especiales que suelen ser jóvenes bien parecidos, que han de hacer el oficio de rivales; y si, finalmente, ninguno de estos medios resulta, se re-

curre al extremo de enviar un espada-chín al seductor...

Entre tanto, el marido... puede dormir á pierna suelta.

Pedir más es gollería, y dadas las ventajas que ofrecen esta clase de Agencias, de esperar es que muy pronto se establezcan en Madrid para garantía de la moral y tranquilidad de las familias. Amén.

Ramiro Blanco.



CROQUIS EVOLUCIONISTAS

EL PODER DE LA HERMOSURA

Leyenda greco-oriental.

(Continuación.)

—¿Con que no hay remedio?

—¡Ninguno!

—¿Y dices que tu consejero es el más sabio y virtuoso de los hombres?

—Tanto, que su nombre sonará todavía en el mundo cuando del mío no quede ya memoria.

—¿Y qué harías si se retractara de lo que te acaba de decir?

—Seguir su nueva opinión.

Los ojos de Vasantasena brillaron debajo de sus negras y tupidas pestañas, como dos ascuas en las sombras de la noche: sus finos labios se contrajeron, temerosos de dejar escapar una sonrisa burlona; algo extraño, diabólico, debía de haber cruzado por aquella linda cabecita.

—Pues bien, replicó, te prometo que, aunque sea más sabio y virtuoso que Visvamatra, aunque supere en astucia al mismo Hanumat, te ha de aconsejar lo contrario antes que cese el bulbul en su canto por la venida del nuevo día. Y tú, ¿me cumplirás lo ofrecido?

—Lo juro por el Saturnio Jove, padre de los dioses y señor de todas las cosas. Seguiré fielmente su consejo.

—¡Gracias! Pero advierte que el que falta á la promesa hecha á los dioses, renacerá en el cuerpo de un buitre de patas amarillas.

—Descuida. No renaceré.

Sin parar mientes en el doble sentido de estas palabras, la hermosa india estrechó contra su pecho al regio amante, y después, separándose, le dijo:

—Está bien. Déjame sola; pero á la hora que he dicho, vuelve y permanece oculto.

Salió Alejandro pensando en lo que maquinaria su amada, y haciendo votos, no obstante lo prometido á su maestro, porque saliera bien de su empeño. ¡Tan fuertes son las debilidades humanas!

La apurada joven, después de alguna meditación, se levantó resueltamente, y llamando á sus esclavas, se dirigió con ellas al tocador. «Si se encantan las serpientes con la música hasta dejarse coger sin peligro, ¿por qué no se podrá encantar un sabio con los dulces acentos del amor, y hacer una de él lo que quiera? ¡Ah! Viejo brahmán, me las has de pagar.» Con estos pensamientos, comenzó á poner por obra su arriesgado intento.

Despojada de los vestidos de diario, y después de un baño en agua tibia perfumada, ungiéronle sus bronceados miembros con sándalo rojo, le alcoholaron las pestañas y las cejas, dieron de arrebol á sus frescas mejillas, y aumentaron con

fino carmín el color de sus labios, riva'es de la guinda.

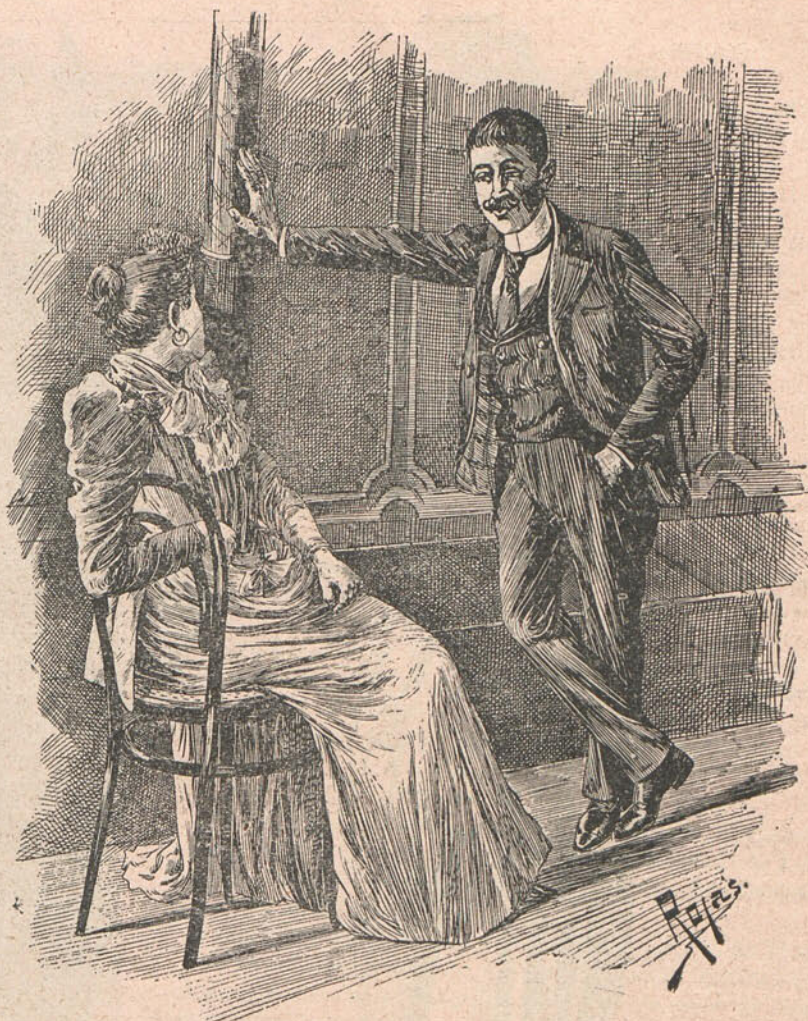
Apenas hubieron terminado las siervas esta operación de embellecimiento, cuyo fin era, según se ve, perfeccionar la naturaleza, como diría un preceptista á la antigua, ó reforzar las especies sensibles, por las que había de ser aquella conocida y juzgada, como diría un filósofo á la misma usanza, procedieron á la del vestido, no muy complicada en aquel país y por aquel tiempo. Calzaron sus diminutos piés con sandalias incrustadas de piedras preciosas, y rodearon los delgados tobillos y las bien formadas piernas con cintas de seda y oro, que las dichas sandalias sujetaban en artísticos cruzamientos. Vistiéronle una gasa de seda encarnada salpicada de oro, en forma de túnica, que le dejaba al descubierto la tersa espalda, los brazos modelados por las Gracias, y los abundantes al par que sólidos pechos. Soltáronle luego la soberbia cabellera de ébano, hasta entonces recogida en la cabeza, dejándola caer en dos enormes crenchas, de ondas

fuertemente rizadas en su origen, meros abultados y más extensas después, é insensiblemente curvas en su terminación en las amplias caderas, al modo de las ondas del mar que, fingiendo montes desde lejos, van decreciendo sucesivamente hasta morir casi planas sobre las pintadas piedrezuelas de la orilla.

Aún no estaba todo concluido. ¡Oh prolijidad enojosa del adorno femenino! ¡y qué bien dijo quien dijo *mulieres dum comuntur, annus est!* Rodeáronle la garganta con collares de perlas y láminas de oro, colgaron de sus orejas tales como pétalos á medio rizar de encendida rosa, largas arracadas que hasta los hombros le llegaban; ciñeron á sus brazos y muñecas lujosos brazaletes con cascabeles de plata, y por último, coronaron su frente con una riquísima diadema, en cuyo centro fulguraba un enorme diamante.

José María Esabí.

(Concluírá.)



Sólo por mirarla á usted
sentada y embebecida,
me pasaría la vida
arrimado á la pared.



À VISTAS

—¿Por qué te es indiferente
el apreciable Pepito?

—Pues porque tiene el pelito
pegado sobre la frente.



LAS PERSONAS SERVICIALES



ALTA SOCIEDAD

La que tuvo un desliz.

(Las que la censuran son competentísimas para juzgar: han tenido más de uno.)

LA MUERTE DE CÉSAR

I

¿Qué ocurre de nuevo, tío?—decía Próspero á un señor viejo, alto, delgado, vestido con pulcritud y seriedad, de rostro alegre y vivaracho, revelando malicia y perspicacia, que manejaba á modo de batuta una robusta caña de indias con puño de oro. Era nada menos que el médico titular del pueblo.

—Que hace ocho días, respondió el doctor, tuve esperanzas, y por eso te escribí; pero ahora temo que pierdas el viaje.

—¿No cuento con el apoyo del Prefecto? ¿No soy candidato ministerial?

—Sí, hombre. Vive tranquilo por ese lado; mas lo importante

en esta localidad es la protección del señor Troquet, y creo que no te la concede.

—¿Cáspita! ¿Y quién es el señor Troquet?

—Sobrino: el señor Troquet es un hombre rico, al cual debe favores y dinero mucha gente del distrito. De ahí su grande influencia, aun cuando ni prodiga los favores de balde ni presta su oro á módico interés, porque á todo le saca rédito exorbitante.

—Vamos, es el usurero de estos contornos.

—No, muchacho; los hombres que pretenden salir diputados, y saben manejarlos, han de usar diplomacia. Denomina á Troquet de otra manera; llámale acaudalado banquero. No olvides que necesitas su protección.

—¡Bueno! ¿Juzga usted imprescindible el amparo de Troquet?

—¡Vaya! Suma el distrito, aproximadamente, cuatro mil quinientos electores; pertenecen al Gobierno los votos de dos mil doscientos, voto más ó menos, é igual cantidad á la oposición. Hay de treinta á cuarenta individuos, que, por razones económicas, se ven obligados á pensar como manda Troquet, y darán su voto á quien el banquero disponga.

—¿Luego Troquet elige por sí sólo el diputado?

—¡Justo!

—¡Es un cacique en toda la extensión de la palabra!

—Que se pierda de listo, y sabe aprovecharse muy bien de tan poderosa influencia. Llevo seis meses bailándole el agua para captarme sus simpatías y preparar tu candidatura. Es muy tunante, adivinó mi pensamiento, y se hizo el distraído por fin de Diciembre, época en que suelen pedirme la cuenta las gentes acomodadas, según costumbre del país. No me atrevo á recordárselo, y va para dieciocho meses que le asisto gratis, así como á su hija y criados... Más aún. Me consulta las enfermedades de una yegua y de un perrillo antipático, feo y gruñón que tiene en mucho su hija. Por complacerte, soy hasta veterinario.

—¡Tío de mi alma!

—Con tal que salgas diputado, no me arrepiento. ¡Serás la honra de la familia!

—¡Gracias, tío! Si me eligen, cuente usted con el nombramiento de inspector de Sanidad.

—¡Oh!—exclama el doctor bajando los ojos en ademán de modestia.— ¡Otros médicos peores habrán ocupado tan elevada jerarquía! Y aunque me llame Troquet para curar todos sus animales, los asistiré gustoso si al fin eres padre de la patria. Pero el sacrificio de convertirme en veterinario no bastará, ni debe uno exponerse al ridículo mientras el triunfo sea dudoso.



BALÍSTICA

Los primeros ensayos.

—¿Por qué no me apoya Troquet?
 —Ahora lo sabrás —¿Cómo anda tu corazón? ¿Tiene dueño?
 —¿A qué esa pregunta? Hablamos de elecciones.
 —De elecciones hablo. ¿Tiene dueño?
 —Sí, pero no comprendo...
 —¿Entonces piensas casarte? Renuncia á la diputación y no tratemos más del asunto: ve y cástate.
 —Nada he dicho de matrimonio.—Quiero á una joven, mas no estoy decidido á casarme.
 —¡Eres un chico de talento! De modo que podrás casarte con otra.
 —¿Con cuál?

—Oye, sobrino. Tu contrincante á la diputación, Juan Ravelet, ha tenido una idea luminosa, hay que concedérselo. Para asegurar su candidatura, hace la corte á la hija del cacique, á Catalina Troquet. Esta señorita pasa de los treinta y ocho (cinco años más que tú), mide cosa de una vara de alto, es bastante cargada de espaldas; la fisonomía, igual á la de su padre ó más fea. En cuanto á dotes intelectuales é ilustración, no inventó la pólvora, y tampoco lee jamás otro libro que el de misa. Pero su virtud es sólida y su reputación intachable. Sólo se le ha conocido un amor, que dura desde hace diez y seis años: su perro, el perrillo antipático de que antes hablé, al cual mimaba y acariciaba como tierna madre el fruto de sus entrañas. Pero es hija única, y heredará inmensas riquezas á la muerte de Troquet, quien no tardará mucho en bajar á la tumba, yo te lo fio, pues le tomo el pulso con frecuencia y sé á qué atenerme. Ahora bien: Ravelet cuenta recibir á Catalina acompañada de pingüe dote, y tú vas á desbancarle solicitando la mano, *la mano que lleva al parlamento* desinteresadamente. Hoy por hoy, te sobran recursos para sostener á Catalina, y á más, puedo ayudarte con los míos. El llanto sobre el difunto. Vamos á casa de Troquet.



LA LUNA DE MIEL

La elegante y enamorada pareja ha salido para su residencia habitual del «Lago.»



Aunque el pobre barón no me quería
 me pagaba el carruaje que he lucido.
 ¡Por qué volvéis á la memoria mía
 tristes recuerdos del landó perdido!

II

¡Oh poder de la ambición! Próspero siguió al doctor, y ya lo tenemos en casa de Troquet.

—Amigo mío—dice el doctor al cacique—le presento á mi sobrino que ardía en deseos de ver y tratar á usted. Conoce su extraordinario talento, sus preciosas dotes mercantiles, su caritativo proceder con tantos necesitados, como de ordinario atiende su alma generosa. Es un entusiasta admirador de la persona de usted.

Tal cantidad de incienso casi conmovió á Troquet, pareciéndole merecido, y eso que era muy duro de entrañas y desconfiaba de todo; mas la adulación penetra hasta en los corazones de roca.

—Con tu permiso, sobrino—añadió el médico—tengo que hablar cuatro palabras reservadas al Sr. Troquet; y llevándose á éste hacia el hueco de un balcón, le dijo en voz baja:

—¿Está concertada la boda de Catalina con Ravelet?

—¿Pero usted sabe que pretende á mi hija?

—No es un secreto para mí.

—Pues aún nada se ha decidido.

—Usted perdería mucho entregando su hija á Ravelet, que busca redondearse con la dotada Catalina; en cambio, Próspero,

la tomaría por esposa sin mermar nada el tesoro paterno.

—¡Hombre! ¿Próspero es rico?

—Mi sobrino goza de regular hacienda, y también le nombro heredero.

—Mire usted, doctor—contestó Troquet sonriéndose ladinalemente, tengo por norma dejar á mi hija que siga su inclinación. Le presentaré á Ravelet, le presentaré á Próspero. Catalina elegirá, y lo que ella decida, yo lo acepto. Vuelvan ustedes mañana.

Tío y sobrino volvieron. Ravelet estaba sentado cerca de Catalina, que hacía media.

—¡Hum, ese es tu rival!—observó el médico por lo bajo.

Bastó á Próspero un rápido examen de Ravelet para ver que su competidor tenía un corpachón inconmensurable, barrigudo, desproporcionado, falto de gallardía en los movimientos, con los ojos saltones; en vez de cabello, un bosque de enmarañadas zarzas, y el rostro, innoble, de color muy encendido. Considerando que él reunía mejor aspecto físico, colores más puros y exquisitos modales, juzgó ganada la partida.

—Catalina—dijo el doctor—aquí traigo á mi sobrino para que tenga el gusto de conocer á usted.

—Señorita—añadió Próspero—es mucha la satisfacción que recibo.

Catalina, vera efígie de la estampa de la herejía, ya porque enterada de los propósitos del sobrino se ocupase en compararlo con Ravelet, ó porque debido á su torpeza natural no encontrara la respuesta, no dijo esta boca es mía; si bien la tenía abierta, y dejaba ver por ella una dentadura indescriptible por lo desigual y amarillenta.

El perrillo de marras dormía en el regazo de la solterona, y al notar la presencia de un desconocido, empezó á gruñir *sotto voce*; fué aumentando el diapasón, salta de pronto, ladra y clava sus agudos colmillos en la pantorrilla izquierda de Próspero.

Este, ciego con la canina agresión, en nada repara, y de un soberano puntapié deja al perro moribundo y espantada á Catalina, que grita:—¡Misericordia!—Se lanza la hija de Troquet á recoger el animal, y le inunda de cariñosas lágrimas...—¡Ah, vive, sí—dice besándole en el hocico;—pero quién se atrevió nunca á maltratarle, César mío!—y dirigiéndose á Próspero.—¡Bruto! ¿qué motivo dió el alma mía para recibir tan bestial puntapié?

Próspero, temeroso, contesta:

—¡Señorita, me ha mordido!

—¡Le ha mordido... ¡Lástima que no se llevara la pierna de cuajo!

Torna Catalina á colocar el bigotudo can sobre sus rodillas, Próspero se va, aconsejado por el doctor, quien dulcifica las amarguras de Catalina, consagrándose al cuidado de César, y trata así de reconquistar el

terreno perdido por su candidato. Ravelet también rivaliza con el doctor en atender al perro. Al cabo de algunos días, César, cuyos doloridos huesos hallaron completo alivio, volvió á ser tan antipático como antes del puntapié. El médico obtuvo el más profundo agradecimiento de Catalina, y creció la predilección de esta por Ravelet, que era muy glotón, y propuso celebrar la salud del perro con una comida, idea á la que Troquet, enemigo de gastos, se oponía; mas el doctor encontró modo de allanar dificultades, exponiendo la conveniencia de semejante fiesta, en honor de César, á costa de su sobrino, causante de las penas sufridas por Catalina, y dispuso un opíparo banquete, al cual asistieron Troquet, su hija con el perro, Ravelet y Próspero. Este logró clemencia de la ofendida dama, y se impuso la obligación de agasajar á César, dándole de comer por su propia mano. El perro atracó de lo lindo y se fué á dormir la siesta encima de un sofá que había inmediato á la chimenea. El doctor no desatendió un punto la glotonería de Ravelet, que devoraba cuanto le ponían en el plato, repitiendo de todos los manjares, y bebía como un tendero. Así es que, después del café, abandonó la conversación de sobre mesa, y buscando mayor comodidad á su atiborrado estómago, para la digestión, llegó hasta el sofá referido, tambaleándose, y á poco roncaba como un bendito, cerca del perro.

El doctor no perdía la esperanza del triunfo de Próspero, y se valió del sueño de Ravelet para conseguirlo, diciendo á Troquet y á su hija:

—Van ustedes á conocer una monada, que cedo al colegio de este pueblo, para su gabinete de Historia natural, miren ustedes—y sacó de una cajita el esqueleto, primorosamente armado, del más diminuto titi que imaginarse puede.

Catalina contemplaba absorta aquella especie de hombrecillo, Troquet también, y el doctor exageraba su mérito diciendo:

—Venga usted Ravelet, venga usted y verá.

Pero Ravelet dormía, y acercándose á él, le agarra de un brazo y le obliga á levantarse. Ravelet, con los ojos medio cerrados llega á la mesa: Próspero, obedeciendo ciertas señas que le hace su tío, coge al perro cuidadosamente, sin despertarlo, lo coloca en el sitio que ocupaba Ravelet, y allí lo deja acurrucadito. Ravelet, no bien pronuncia algunas frases, de mera cortesía en alabanza del titi, torna soñoliento á sentarse donde estaba, cae desplomado en el sofá, y todos oyen el comienzo de un ladrido, y luego así como un ronco ¡ay! gutural, que se apagó de repente.

—¿Qué ha sido eso?—pregunta el médico.

—¡César, César!—grita Catalina, corriendo hacia el sofá y dirigiéndose á Ravelet.—¡Bárbaro, se ha sentado usted sobre mi



—Dígame usted, caballero, ¿el pan sube ó ha bajado?

—Estoy tan desocupado que del pan nunca me entero.

perro! ¡Levántese usted, fiera! ¡Ay Dios de mi vida!

—¡Sí, hombre, levántese usted!—añadía el doctor ayudando á Ravelet para que se incorporase, el cual pataleaba y braceaba desafortadamente para conseguirlo, sin encontrar punto de apoyo seguro en tan desequilibrado asiento.

—¡Crea usted, Catalina—balbuceó Ravelet—que no había visto á César!

Catalina sólo atendía al reconocimiento facultativo que verificaba el médico en su perro.

—¡Doctor, doctor—decía llorando amargamente—¿vive?

—Tiene una luxación de la tercera vértebra, y la muerte debió ser instantánea. Ravelet pesa mucho; mas puede quedar á usted el consuelo de que ¡César ha muerto, pero no ha sufrido!

Catalina iba á desgarrar á Ravelet entre sus manos, cuando le dió un síncope. Al volver en sí, Próspero le tenía sujeta la cabeza, ofreciéndole agua de azahar, muy compungido y murmurando: ¡Pobre martir!

—¡Gracias, gracias!—exclamó Catalina, estrechando á Próspero contra su pecho. ¿Lo disecaremos?

—Próspero—contento.—Lo disecaremos y nos acompañará en un estuche á todas partes.

Troquet decía mientras tanto al médico: —¡Bien se ha manejado usted doctor!

—¿Yo?

—¡Vi cambiar al perro de sitio! César era mi enemigo personal, y no olvidaré el favor que á usted le debo. Próspero será diputado.

G. Hequet,



Amigo me voy al Real porque esta noche hay función. Yo sigo con mi afición y abusando del metal.

Meditemos.

DOBLE contra sencillo apostaría yo á que no produce este mi articulejo la impresión hondísima que otro del mismo título produjo hace ya más de veinticinco años. Verdad es que aquel lo escribió el famoso é inolvidable Lorenzana, y este voy escribiéndolo yo, que no soy inolvidable, ni famoso, ni llevo camino de serlo.

A bien que mis aspiraciones son por ahora excesivamente modestas, pues se reducen á meditar sobre la rápida existencia que, como alcalde, he logrado el popular marqués de Cubas que llegó, vió y

como un relámpago
desapareció...

de la alcaldía.

Vivió, según la frase consagrada por los poetas, lo que viven las flores.

L' espace d'un matin.

Pero—y aquí encaja el asunto de mis meditaciones—pero, ¿ha sido un bien ó ha sido un mal su caída?

De que ha sido un bien para el marqués de Cubas estoy seguro; no lo estoy tanto de que haya sido un mal para los madrileños.

Ya sé, ya sé—lo mismo que lo sabemos todos—que el señor marqués tenía muy buenas intenciones; todos los alcaldes las tienen, sólo que no todos las realizan; por eso habla el vulgo con ciertos dejos de ironía de la *justicia de Enero*, para lo cual es menester que los alcaldes lleguen hasta Febrero.

Del marqués de Cubas aún no se atrevían á murmurar ni sus enemigos más encarnizados; pero sus amigos y admiradores confesaban que en eso del pan solamente había conseguido que nos lo vendieran más feo, más caro y peor hecho; como, en efecto, se verifica todavía.

Pero recuerdo ahora que en los primeros días de su mando adoptó el marqués dos resoluciones, que fueron muy celebradas por los periódicos diarios, alguno de los cuales dió noticia de esas determinaciones del alcalde, en los términos siguientes:

«Uno de los primeros actos del señor marqués de Cubas, después de tomar posesión de la alcaldía, ha sido renunciar en favor del pueblo de Madrid las 25.000 pesetas asignadas á la alcaldía en concepto de gastos de representación.»

«Ha señalado también la hora de dos á cinco de la tarde para recibir á todo el mundo en su despacho del Ayuntamiento.»

De la primera determinación no he de hablar aquí porque ya he hablado en otra parte, no recuerdo ahora dónde, pero tengo certeza absoluta de que, refiriéndome

á ese rasgo, he dicho—y además he procurado demostrarlo—que era una niñería. Si mi opinión prevaleciese alguna vez, todos los cargos públicos, todos absolutamente, serían retribuidos, y además esas retribuciones serían irrenunciabiles.

Cada cual sería muy dueño de emplear el importe de esa retribución en realizar obras de caridad ó en costear sus vicios; allá él se las entendería con su conciencia y con su sueldo.

Pero voy á la segunda determinación, muy aplaudida también, y que contribuyó no poco á la popularidad del alcalde: la de recibir á *todo el mundo* en su despacho durante tres horas diarias.

Y á este propósito voy á recordar lo que sucedió hace ya muchos años (los viejos nos parecemos por contar antiguallas). Habíase proclamado, como recordarán, los que lo recuerden, la *República*, por la Asamblea que formaron el Congreso y el Senado españoles, reunidos en 11 de Febrero de 1873, á consecuencia de la renuncia de D. Amadeo de Saboya.

Del primer ministerio republicano formó parte un político, al cual he querido y he admirado siempre, y sigo queriendo y sigo admirando hoy como entonces lo quería y lo admiraba. Su nombre no hace al caso.

Hombre austero, de principios rígidos, de costumbres modestas, de trato afable y llano, era, á pesar de la sencillez de su espíritu, verdadero sabio, y á fuer de sabio, y como todos ellos, tenía á veces ocu-



—¡Marqués! ¡En San Sebastián!
¿A qué ha venido usted aquí?

—A mojar el sofocón
que me dieron en Madrid.

rrencias candorosas de niño. Llena estaba su cabeza de grandiosos proyectos, que bullían y bullían en aquel cerebro poderoso, cuando vino á sacarlo de sus lucubraciones, á la mañana siguiente, la voz de un criado, que después de dar discretamente dos golpecitos en la puerta del despacho, asomó la cabeza lo menos posible, y preguntó en tono muy respetuoso: «¿A qué hora quiere V. E. el coche?»

Esta voz, que interrumpió las profundas reflexiones del sabio, hizole descender desde las alturas á esta baja tierra de la realidad, y recordándole su modesta posición de siempre, hubo de inspirarle la contestación siguiente: «No tengo V. E. ni carruaje.» El criado no insistió; la frase del sabio, íntegro y probo ciudadano, fué comentada y celebrada, y aplaudida con entusiasmo.

Ese es nuestro hombre, decían los que entienden, que las grandes economías consisten en que los ministros no tengan coche. «Así debían hacer todos».

No lo hicieron todos—¿qué habían de hacerlo?—Solamente lo hizo por muy breve tiempo, el sabio, que, mientras se mantuvo en su determinación de ir á pie, llegó siempre tarde á los Consejos, no pudo concurrir á las sesiones del Congreso, no asistió un solo día á la oficina porque por la calle le acechaban, le asaitaban y le detenían los pretendientes que—á título de amigos políticos y consecuentes correligionarios—(á muchos de los cuales ni de vista ni de nombre conocía) solicitaban destinos. Pronto, muy pronto, las impurezas de la realidad le hicieron comprender que el carruaje para el ministro no es lujo, sino necesidad, y... comenzó á usarle, y fué bien para él y para los asuntos de su Ministerio.

¿No hay algo de parecido entre lo que sucedió á ese ministro y lo que empezaba á suceder al marqués de Cubas?

Recibía diariamente á seiscientos ciudadanos que iban, ¿á qué? á pedirle destinos. Pocos días antes de caer, ya había hecho decir á los periódicos que *desistiría pronto* de esas... *recepciones*.

Cabe en lo posible, vaya si cabe, que á unos antes, á otros después, hubiese tenido que renunciar poco á poco á todos sus propósitos excelentes; por eso repito, para concluir, lo que dije para principiar:

«De que ha sido un bien para el marqués de Cubas (*su salida de la alcaldía de Madrid*) estoy seguro; no lo estoy tanto de que haya sido un mal para los madrileños».

Y no lo estoy, efectivamente.

A. Sánchez Pérez

Actualidades.

GROVER CLEVELAND



UNA PICARDÍA



1.—Lo que es hoy si que se la hacemos, á ver si deja de soplar.



2.—Mucho cuidado, que no nos vea.



3.—¡Más, más pólvora!

Y a lo ven ustedes. Es hombre de cara grave, de nariz corta y gruesa, de erizados cabellos, de ojos pequeños, de aspecto severo, muy severo; tal como corresponde á todo un presidente de la gran República norteamericana.

La verdad es que en muchas ocasiones la cara engaña mucho. Ocurre frecuentemente que se ve la fisonomía de un senador del reino y se le toma por un almace-nista de aceites refinados, y vice... aceites al ver á algún aceitero de cara ennoblecida por el trabajo, se le suele confundir con cualquier ministro de la Corona.

Pero esto no viene al caso. Lo interesante es saber que Cleveland vuelve á la presidencia de los Estados Unidos, y que al dar hoy su retrato recordamos algunos de los pormenores más interesantes de su vida.

Grover Cleveland empezó su carrera por donde la debían acabar muchos personajes de España: vendiendo comestibles, barriendo la tienda y llenándose los dedos de sabañones. El hortera se hizo después abogado. ¡Cuánto darían algunos abogados nuestros por hacerse horteras!

Después de sobresalir en los pleitos y en la defensa de criminales, el gran Cleveland fué elegido alcalde de Búfalo, y en la alcaldía hizo, sobre poco más ó menos, lo que intentaba realizar aquí el marqués de Cubas. Pero Búfalo es Búfalo, y allí agradecieron mucho al alcalde sus esfuerzos moralizadores. Aquí el marqués tuvo que salir buf... ando, y que Dios me perdone el juego de palabras.

De alcalde pasó á gobernador, y más tarde le aclamaron presidente, y después él se convirtió en marido. Dejó Cleveland lo del matrimonio para el final de su carrera. ¡Ah, no cabe duda! Es un hombre

muy práctico el presidente de los Estados Unidos.

Y al hablar de su boda, de la boda de Cleveland, preciso es mencionar á la esposa. ¡Qué esposa, caballeros! Hermosa, hermosísima, deslumbradora. Y además de guapa, inteligente, enamorada de su marido y colaboradora en sus trabajos. ¡Una ganga ideal!

El presidente Cleveland, que salió de la presidencia, vuelve á ella con las mismas condiciones de siempre. Las cuales condiciones pueden resumirse en la siguiente lista:

Escribe bien, pero poco. (Lo contrario de muchos literatos de España).

Habla poco, pero bien. (Que aprenda Rodríguez San Pedro).

No se ríe casi nunca. (Como los espectadores de los teatros por horas).

Come mucho. (Competencia con nuestro querido colaborador Palacio).

Viste bien. (Lo que participamos á Sánchez de León...)

Y no usa guantes.

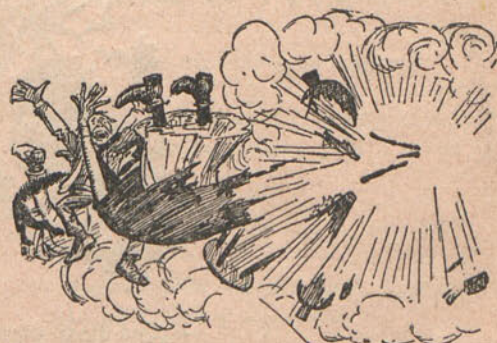
Después de su esposa, la persona más interesante de las que rodean en la intimidad á Cleveland, es un negrito que le sirve para muchas cosas, y entre ellas para recortar las noticias de los periódicos. ¡Ah! Ese *petit noir*, que decimos los franceses momentáneos, podía venirse á España y quitaría la plaza á cualquier redactor concienzudo de esos que meten las tijeras en el diario más encopetado del orbe.

Por último, Cleveland tiene ya cincuenta y cinco años, y sin embargo, parece un muchacho.

De su felicidad completa da pruebas inequívocas la esposa del presidente, la hermosa americana, que tiene siempre en sus labios la sonrisa de la satisfacción.



4.—¡Ahora, ahora verás tú!



5.—¡.....!

Gacetillas teatrales.

EL otro día reventaron otra piececilla en Apolo. ¡Pero ese teatro está dejado de la mano de Dios! Claro está que en ciertos teatrillos impera siempre la majadería, porque eso lo da el terreno. Pero, señor, que se exhiban tantas barbaridades en un solo escenario, es cosa que asombra. Nada, nada, lo que debe hacer la empresa de Apolo es suspender los estrenos y empezar todas las representaciones de las obras nuevas por la segunda, porque si no, el coliseo de la calle de Alcalá va á resultar que le hace la competencia á Cánovas en lo de oír gritas.

Pero hoy no es día de pensar en cosas menudas. Se ha estrenado una obra de Echegaray, y baza mayor quita menor, digan lo que quieran esos genios desconocidos que devoran en silencio la injusticia con que la sociedad trata sus obras.

Mariana se titula el último drama de Echegaray, y ha sido recibido con aplausos entusiastas, con ovaciones delirantes, con el frenesí que merece un autor genial; uno de los pocos capaces de hacernos olvidar esta literatura teatral imperante de truchimanes, currinches y hombres listos que roban una comedia al francés bajado del cielo y la hacen por suya, realizando, el que pudiéramos llamar timo de las tablas.

Mariana tiene un defecto. ¿Qué obra no los tiene! En la última producción de Echegaray hay algunas violencias: demasiado empeño de conducir á los personajes principales á una catástrofe, que pudo evitarse; pero todo esto qué importa si se comparan las bellezas con los errores. Además, á Echegaray no se le discute. Las gentes que hemos visto representar

centenares de veces *El Certamen Nacional*, las que á diario enriquecemos á los hilvanadores de piezas y piececillas con y sin música, no podemos ponernos ahora á regatear gloria á un gigante como Echegaray, al autor dramático más asombroso de España, al único asombroso de España, y uno de los más grandes de Europa.

Las cosas claras. Si Echegaray viviese en Francia, ahora tendría sobre sí más traductores, para sacarle el jugo, que gente fué sobre Roma

Con Borbón por Carlos quinto.

Pero aquí, donde en siendo cualquier disparate francés, le miramos con respeto, nos permitimos *aliquando* discutir á don José, y decir que si esto, que si lo otro... Tal conducta no puede tolerarse. D. José debe de tener poderes extraordinarios en el teatro y ser algo así como un dictador que no necesita dar cuenta á las Cortes de sus decisiones. D. José manda y gobierna.

¡Y qué hermosuras las de *Mariana*! No se puede llegar á más en los estudios de caracteres, verdaderamente humanos. El escarpelo, como diría cualquier cursi, ha disecado fibra por fibra las almas, y ustedes dispensen esta barbaridad metafórica. El público contempla en el escenario personas de carne y hueso, que hablan, y ¡cómo hablan! Pluguiera al cielo que Cánovas hablase tan bien como los personajes de Echegaray, y sería menos ampuloso, pero más *hondo* en su cratoria.

En fin, que el triunfo último, porque á pesar de los pesares ha sido triunfo, del gran autor, da á éste una vez más ese título de primero entre los primeros, que nadie, absolutamente nadie puede rega-

tearle en España, y además revela que el problema tan cacareado de la regeneración del arte en nuestro país se resuelve con obras como *Mariana*. Cuando se escriban varias comedias y dramas como las de Echegaray ó parecidas por otros autores, el teatro se habrá regenerado. No es cosa de creer que la regeneración tan deseada nos ha de venir al compás de los tangos indispensables en los juguetes *có-micos-líricos*. Pensemos en regenerar el teatro; está bien. Pero platónicamente no se regenera, y lo que es Pina, ni está de ese humor ni creo que para el caso sirva. Y quien dice Pina, dice cualquier otro.

Antes de acabar quiero advertir, porque es justo que lo advierta, que Emilio Mario ha dirigido muy bien la representación de *Mariana*, y que en ella, en la susodicha representación, han sobresalido María Guerrero y Thuillier. A mí no me gusta aplaudir nunca, pero ahora con gusto lo hago. Y puesto ya en este camino, poco recomendable de los *bombos*, me acuerdo de que Vico se merece uno y bien fuerte. ¡Cómo está D. Antonio, caballeros! Cada dos días hace una comedia distinta y pone toda su alma en la ejecución de las obras. Así se pelea por el arte...

La conciencia no me arguye; pero estoy tan poco acostumbrado á decir lindezas, que hoy me disuena esta crónica. Pero no; ¿por qué ha de disonarme? La cosa va en días. Cuando pasa el mérito, lo bueno, hay que quitarse el sombrero, y me lo quito. Cuando pasan los otros, la *turba multa*, es preciso requerir la palmeta.

O como diría cualquier aficionado á frases retorcidas. Unas veces se *palmete*a y otras se *palmete*a.

Juan Palomo.



—¿Qué dices, pigmeo?



—Que me has pisado, vasallo.

pesetas

de regalo en todos los números de

LA CARICATURA

al lector que PRIMERO envíe la solución exacta del entretenimiento que se señale.

Un año de suscripción

para los cinco lectores que, por riguroso turno envíen la solución después del primero.

En el **núm. 17** han correspondido los premios a los señores siguientes:

Premio de 50 pesetas.

D. SENÉN FERNÁNDEZ REINARES

Princesa, 14, principal, Madrid.

5 segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. SANTIAGO ARNÁIZ

San Bernardo, 69, Madrid.

D. LUIS BELLO

Paz, 6, principal, id.

D. CASIMIRO PEDRO ZORRILLA

Infantas, 26, 3.º, id.

D. F. PÉREZ Y CAPO

Peninsular, 11, 3.º, id.

D. A. SOLSONA

Conde Duque, 17, principal, Madrid.

En el **núm. 18**, a estos otros señores:

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ

Duque de Alba, 16, 3.º, Madrid.

Un año de suscripción a LA CARICATURA.

D. F. PÉREZ Y CAPO,

Peninsular, 11, 3.º, Madrid.

Desiertos cuatro premios.

En el **núm. 19:**

Premio de 50 pesetas.

D. ESTEBAN MARÍN

Trafalgar, 5, cuarto, derecha. Madrid.

CINCO SEGUNDOS PREMIOS DE CONSOLACIÓN

UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. MANUEL BELLO

Estudios, 5 y 7, tercero, izq.ª Madrid.

D. FRANCISCO ACED

Carretas, 41, Madrid.

D. FÉLIX MUGURUZA

Bilbao.

(Dos premios desiertos).

LA CARICATURA

SUMARIO

del núm. 18 de LA CARICATURA

Los teatros por horas.—A. Pons.
La Semana.—Eduardo de Palacio.
Cazarás con perro: Historieta.—A. Pons.
Carlyle.—Emilio Castelar.
Espectáculos.—A. Pons.
Cuentos franceses.—C. F. de Kock.
Los hombres del día: Andrés Mellado.—A. Pons.
Al oído.—R. Rk.
50 pesetas.
A cuatro bajo cero.—Rojas.
La enhorabuena.—J. Francos Rodríguez.
Estos inventos...—Griffin.
Una obra de arte: Historieta.—Rojas.
El Centenario en la gloria.—V. Moreno de la Tejera.
Un mal bocado.—G.
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Cosas que se publican.—G.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

SECCION AMENA Y PRODUCTIVA

¿Es posible? El jeroglífico más fácil, el más sencillo, y en el que por lo mismo ofrecíamos menor cantidad, no lo han descifrado. ¡Y cuidado si es fácil!

Hemos recibido muchas soluciones, pero ninguna se aproxima a la verdadera. Parece mentira.

Nos dimos a pensar inmediatamente si la cantidad señalada como premio sería poco estímulo; y por si así fuera y para que no quede un jeroglífico tan sencillo sin descifrar, volvemos a publicarlo con nuevo y mayor premio.

A ver si así aguzan ustedes algo más el entendimiento.

Allá va, y a ver quién es el guapo.

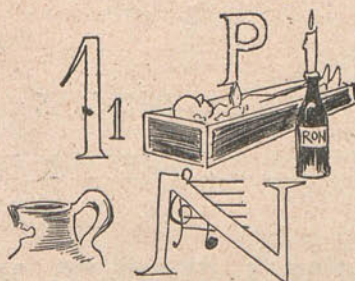
JEROGLÍFICO CON PREMIOS

Primer premio ¡50 pesetas!

Cinco segundos premios de consolación de

Un año de suscripción a

LA CARICATURA



Las soluciones han de estar en nuestros poder los martes.

SUMARIO

del núm. 19 de LA CARICATURA

Amor, eterno amor.—A. Pons.
La Semana.—Eduardo de Palacio.
Ocupación sus labores: Historieta.—Pons.
Las confidencias del Marqués.—Luis Royo Villanova.
Alta goma.—A. Pons.
Una conspiración.—G.
Cómo se forman los héroes.—P. Rovira.
Facotilla. José Estrafñ.
El vals.—Stuk.
25, 50, 75 y 100 pesetas.
Besuqueo.—G.
Cuentos franceses.—G.
Tiquis Miquis.—A. Sánchez Pérez.
Corriente continua.—G.
Para el alma.—J. Francos Rodríguez.
Un pelotazo.—Griffin.
La caza del oso: Historieta.—Rojas.
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

En el número próximo publicaremos un interesantísimo trabajo literario de la eminente escritora

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Como ustedes ven, prosperamos, aunque nos esté mal el decirlo.

Tenemos en preparación también una notabilísima sección clásico-cómica.

Item más.

Un número de fin de año, que será cosa superior, archisuperior.

Palabra de honor.

SUMARIO

del núm. 20 de LA CARICATURA

Histórico.—A. Pons.
La Semana.—Eduardo de Palacio.
¿De dónde son ustedes?—A. Pons.
Pérez, fotógrafo.—Rojas.
Palique.—Clarín.
Un buen despertador: Historieta.—Rojas.
En el interin.—Manuel Paso.
La que no se consuela...—A. Pons.
Petit Krupp: Historieta.—Griffin.
Cantar: Campoamor.—Rojas.
Cuentos franceses: El burlador burlado.
Lo de Panamá.—Lesseps.—Rocheport.—Drumont.—Labruyere.—Brisson.—G.
Gramática, sobre todo gramática.—Rojas.
El poder de la hermosura.—José M. Esbrí.
Guardas y matuteros.—M.
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Este es el pan.—Luque.
25, 50, 75 y 100 pesetas.
Cosas que se publican.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

IMPORTANTE

Para mayor comodidad del público hemos establecido dos centros de suscripción en los establecimientos de objetos de escritorio de D. Policarpo Sanz Calleja,

Montera, 31, y Príncipe, 25.

No se admiten pseudónimos.

Horas de oficina en la Administración, de 9 a 12 de la mañana y de 3 a 6 de la tarde.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.



Acepto el duelo,
me voy al campo,
y salgo libre
de mi adversario.
¿Por qué motivo?
Voy á explicarlo.
¿Por el sombrero
de M. Carrasco!

26, Carretas, 26



VINOS DEL MARQUÉS DE MUDELA

Unico depósito de la casa fundada por el primer marqués de Mudele, Serrano, 8.—Teléfono 4.011.
Tinto de pasto, 9 pesetas arroba.
Blancos ajerezados, 10,50 id. id.
Se sirven á domicilio en barriles y embotellados.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de $\frac{1}{2}$ año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTÍSIMO



Si cuando yo tenía dinero hubiera existido el Banco Cerrolaza, no me vería así.

PARA MAS DETALLES

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS



Este caballero que se encoge como una bola, busca chocolates de esta fábrica española.
LA ESPAÑA, SANTA ENGRACIA, 94.

IMPRENTA

DE

ENRIQUE ROJAS Y C.ª

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

ESQUINA Á LA CALLE DE LAS BEATAS

IMPRESIONES

DE

TODAS CLASES

ESMERO EN LOS TRABAJOS

QUE SE EJECUTAN EN ESTA CASA

MADRID

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID